

LA LEXICOGRAFÍA GRIEGA: SU ESTADO ACTUAL Y EL DICCIONARIO GRIEGO-ESPAÑOL

Ciertamente no es en Grecia donde surgió la Lexicografía: como en tantos casos, hay que buscar sus orígenes en la antigua Mesopotamia, donde desde el mismo tercer milenio a. C. encontramos diccionarios bilingües del sumerio y otras lenguas de la región: así, por citar el último descubrimiento, los de sumerio y la lengua semítica de Ebla, que es precisamente de dicha fecha. Por otra parte, la Lexicografía griega encuentra paralelos en otros lugares, muy notablemente en la India. Pero es de la Lexicografía griega de la Antigüedad de la que deriva toda la tradición lexicográfica occidental, aplicada primero al griego, luego al latín, después a las distintas lenguas modernas de Europa, finalmente a la totalidad de las lenguas del mundo. Y ello en lo relativo a los diferentes tipos de diccionarios que pueden encontrarse: monolingües y bilingües; de autor y género; de especializaciones diversas; índices, concordancias y léxicos; etc., etc.

No vamos a ocuparnos aquí de la Lexicografía griega en la Antigüedad, de la que ha tratado con autoridad mi colaboradora la señora Serrano en un libro *Introducción a la Lexicografía griega* (Madrid, 1977) del que es autora junto con la doctora Gangutia, con el doctor López Facal y conmigo mismo, libro al que hemos de hacer referencia aquí con frecuencia. El hecho es que, con sus precedentes en época clásica, la Lexicografía griega floreció sobre todo en época helenística, en Alejandría, y continuó proliferando a lo largo de las edades romana imperial y bizantina; y que, luego, dio el impulso para la lexicografía relativa al griego antiguo que se desarrolló en

Italia, a partir del siglo XIV, por obra de los eruditos bizantinos exilados.

Esta Lexicografía griega moderna se refiere, igual que la antigua, ya a Diccionarios generales, normalmente bilingües greco-latinos (después greco-alemanes, greco-ingleses, etc.), ya a toda suerte de diccionarios especializados. Y se trata siempre del estudio lexicográfico de los textos literarios, es decir, de un subproducto del estudio filológico de los mismos y una ayuda para su interpretación. No hay interrupción en esta tradición, que llega a nuestros días: nuestro *Diccionario Griego-Español*, al que dedicaremos una buena parte de nuestra exposición, está inserto en ella con toda evidencia. Existe una excepción, ciertamente: los nuevos índices y concordancias elaborados con ayuda de ordenador. Estos constituyen una contribución susceptible de integrarse, en una nueva fase, en la corriente general. Pero sobre esto volveremos.

No intentamos, en esta exposición, hacer una historia de la Lexicografía griega moderna, ni, tampoco, describir una serie de pormenores: lo uno y lo otro puede encontrarse en varios capítulos, redactados por el doctor López Facal y por mí mismo, en el libro mencionado; además, podrán hallarse datos suficientes sobre esto en el prólogo de nuestro mismo Diccionario, cuya aparición está próxima. Pero sí queremos presentar un panorama de las características generales de la misma y de los instrumentos de trabajo con que contamos, de lo que en ella se ha hecho y es todavía válido y de lo que echamos de menos.

Muy *grosso modo* contamos en Lexicografía griega con los siguientes tipos de obras, cuyas características, ventajas y deficiencias describiremos después:

a) Una serie de diccionarios generales que, arrancando del *Thesaurus* de Henricus Stephanus, publicado por primera vez en París en 1572, van perfeccionándose unos a otros. Constituyen una línea ininterrumpida que, a través sobre todo de Hederich (1792), Passow (1831), Liddell-Scott (1843) y Liddell-Scott-Jones (1940), llega a nuestro Diccionario Griego-Español. Nótese que el que haya perfeccionamiento no quiere decir que los Diccionarios precedentes deban quedar descartados. Concretamente, el *Thesaurus* de Stephanus, sobre todo en sus ediciones de Londres, 1826-28 (Valpy), y París, 1831-65 (Didot), contiene un material más abundante que los poste-

riores Diccionarios generales, incluido el nuestro: entiéndase, más abundante en ciertos aspectos, más reducido evidentemente en otros. De otra parte, el más extenso de todos los diccionarios griegos es la reelaboración de Passow por W. Crönert, Gotinga, 1912-14: lamentablemente quedó interrumpido en la palabra *ἀνά*, si bien puedo anunciar que la doctora Gangutia ha podido compulsar en la Academia de Gotinga las notas inéditas de Crönert, que iban mucho más allá de *ἀνά*, y que nosotros incorporamos. De todas maneras, con las limitaciones que pueda tener en sí mismo o por efecto del tiempo, el diccionario de Liddell-Scott-Jones significó un avance importante tanto para la Lexicografía griega como para la Lexicografía en general. Prueba de ello es que fue tomado como modelo del gran *Oxford English Dictionary*, como dicen explícitamente sus editores.

b) Al lado de los diccionarios generales está la vasta colección de los diccionarios especiales: por géneros, épocas, materias, autores, etc., y ya con características de índice, ya de concordancia, ya de léxico, ya mixtas. Se ha realizado un trabajo duro e importante: naturalmente, los nuevos diccionarios generales utilizan todos estos diccionarios especiales, al tiempo que han de acudir a la vez a despojos directos de los autores sin diccionario, de los nuevos hallazgos papirológicos y epigráficos, etc. Pero no sólo es esto: sucede que los diccionarios especiales del griego antiguo constituyen un conjunto muy desigual. Muchos autores carecen de diccionario, otros tienen más de uno, que ya se complementan, ya inutiliza el último al primero; otros autores tienen diccionarios anticuados, basados en ediciones ya pasadas o hechos con criterios superados; otros tienen índice, pero no léxico; etc.

c) También es importante la bibliografía relativa a estudios sobre campos léxicos o sobre palabras: libros, artículos de revista, interpretaciones de pasajes en ediciones comentadas, etc., etc. Toda esta bibliografía acaba por refluir sobre los diccionarios generales: lo primero que hemos tenido que hacer al reunir los materiales para el *Diccionario Griego-Español* ha sido despojarla y estudiarla.

d) Siguen los índices y concordancias realizados con ayuda de ordenador, a que antes nos referíamos y que van constituyendo una colección bastante importante. Frecuentemente no tienen mayor interés para el lexicógrafo, pues rehacen el trabajo que ya antes se había realizado por métodos convencionales: así para Homero,

Hesíodo, Píndaro, etc. Pero añaden en otros casos mucho a nuestro conocimiento: así, por poner un ejemplo, eran incompletos para Platón los anteriores léxicos de Ast y de Diès, mientras que es completo el nuevo índice de Brandwood. Por supuesto, estas nuevas obras, de las que va dando relación, según aparecen, la revista *Calculi*, son una fuente más para los diccionarios generales y para toda suerte de estudios. Hay que notar que, como se sabe, a veces estas obras no se publican, pero es adquirible la banda magnética.

e) Finalmente, hay que destacar el proyecto, en trance de realización en la Universidad de California (Irvine), bajo la dirección del doctor Brunner, de confeccionar un verdadero *Thesaurus Linguae Graecae*: el proyecto, del que hablaremos luego, está en la fase de reunir un banco de datos con la totalidad de los usos de todas las palabras griegas en la literatura hasta el año 700 d. C. Si una vez reunido el banco de datos y lematizado se convirtiera (por procedimientos convencionales, según lo previsto) en un léxico, se habría llegado finalmente a contar con un *Thesaurus* griego. Si no, será en todo caso una base para la redacción de diccionarios tanto generales como especiales y para la redacción de todo tipo de estudios semánticos.

En definitiva, la lexicografía griega cuenta hoy, como más amplio diccionario general, con el *Greek-English-Lexicon* de Liddell-Scott-Jones, en su 9.^a ed. de 1925-40, que hay que complementar con el no muy brillante *Supplement* de 1968 y, eventualmente, con material del *Thesaurus* de Stephanus y de Crönert. Cuenta con un banco de datos en período de creación y del cual parece que pronto va a poderse disponer en cierta medida. Además, con una vasta colección de diccionarios especiales de valor muy desigual y con una bibliografía lexicográfica muy importante. Tras el trabajo de otros colaboradores anteriores del *Diccionario Griego-Español*, doña Pilar Boned está poniendo a punto un repertorio relativo a la totalidad de los diccionarios en cuestión y, con la exhaustividad posible, a la bibliografía. Se publicará en un libro que, por lo que toca a la relación de diccionarios, será un suplemento al anterior y ya superado *Repertorium Lexicographicum Graecum* de H. y B. Riesenfeld (Uppsala, 1954). A esta relación la acompaña, como digo, una amplia bibliografía lexicográfica ya de obras que llamamos complejivas, ya de estudios sobre palabras.

Es enorme, como puede verse, la masa de obras lexicográficas que hay que manejar si se intenta realizar un nuevo diccionario general que ponga al día nuestros conocimientos tanto en lo relativo a la comunicación de nuevos materiales como al estudio y crítica de los antiguos; incluso si, como es nuestro caso, no se intenta llegar al gran *Thesaurus* exhaustivo, sino, como digo, a un amplio diccionario general cuya situación dentro de la Lexicografía griega he de explicar todavía con más detalle. En nuestro caso, reunir toda esta bibliografía o, en otras ocasiones, consultarla simplemente, nos ha costado infinito tiempo y dinero, gestiones, viajes: hoy podemos jactarnos de disponer, si no de toda ella, sí de su mayor parte. Pues bien, sucede que, como hemos anticipado, el manejo de esta bibliografía no es suficiente, que hay amplísimas lagunas que sólo con el estudio directo de los textos pueden subsanarse. Bien porque muchos carecen de diccionario, bien porque éste es incompleto o defectuoso o está realizado sobre ediciones ya superadas.

Esta situación puede depender en una cierta medida de duplicaciones de esfuerzos o de deficiencias en el trabajo de ciertos lexicógrafos o, simplemente, de inadecuación entre el número y el trabajo de los estudiosos y la tarea a realizar. Pero en mayor medida aún la causa está en la inmensidad de la tarea que tenemos ante nosotros.

Hay que recordar siempre que cuando en 1905 Hermann Diels criticaba, en la revista *Neue Jahrbücher* (págs. 692 ss.), la idea de la Asociación Internacional de Academias, reunida en Londres el año anterior, de redactar un gran *Thesaurus* griego, argumentaba con la extensión de la literatura griega, diez veces mayor, decía, que la latina. Calculaba que el propuesto *Thesaurus* habría de constar de 120 volúmenes y costar su redacción un tiempo, un dinero y un esfuerzo inasequibles. Aunque se lograra redactarla y publicarla, decía, «¿qué helenista tendría dinero para comprar esta obra que podría costar 6.000 marcos? Y si pudiese comprarla, ¿quién podría leer y usar semejante monstruosidad?». El hecho es que de ahí se pasó al nuevo proyecto de redactar diez *Thesauri*, dedicados a distintos géneros literarios. Y que este proyecto se vino abajo cuando la primera guerra mundial, para resucitar en la forma del *Thesaurus* de Hamburgo, que ha reducido su actividad a la publicación, ya bastante avanzada, del *Lexicon des Frühgriechischen Epos*, que empezó

a dirigir Bruno Snell, y a la preparación, no terminada aún, de un índice de Hipócrates que quiera Dios que la reciente muerte de su director el doctor Fleischer —que con tanta liberalidad puso a nuestra disposición sus materiales —no deje interrumpido.

Pero volvamos a las cifras. El nuevo *Thesaurus* de California nos dice por boca de la doctora Luci Berkowitz en su publicación de 1977 *Canon of Greek Authors and Works from Homer to a. D. 200*, pág. III, que la literatura griega conservada que va de Homero al 200 d. C. consta de 20.000.000 de palabras, la del 200 al 400 de 30.000.000, la del 400 al 600 de 40.000.000 millones: de 90.000.000 en total, por tanto, sin contar por supuesto el micénico. La nueva tecnología, nos dice, hace ahora posible lo que a Diels le resultaba imposible de soñar. Y esto es bien cierto por lo que a la recogida del banco de datos se refiere, si bien quedan problemas gravísimos, que aún no se han abordado, allí donde es difícil separar entre las alusiones contenidas en la tradición indirecta y las palabras textuales de algunos autores y, sobre todo, en el caso de textos de inscripciones y papiros, llenos de faltas y lagunas y en los cuales hasta separar las palabras es a veces problemático. Pero más difícil aún será la lematización del banco, convirtiéndolo en un índice. Por lo que a su conversión en Léxico se refiere, si llega a realizarse, lo que parece francamente dudoso, será en las mismas circunstancias y con los mismos inconvenientes que en los tiempos de Diels.

Pero sigamos con las cifras. Liddell-Scott-Jones, que no atiende la literatura cristiana y presenta otras diversas lagunas, recoge en su lista inicial un total de 1.309 autores griegos estudiados: nosotros, en el *Diccionario Griego-Español*, 2.488 (50 % de aumento). Su lista de colecciones de papiros es de 143, la nuestra (que no es completa, pues los papiros literarios los citamos por las ediciones de los autores y otros por tomo y página de las revistas), 250 (74 % de aumento). Su lista de colecciones de inscripciones menciona 115, la nuestra (no completa, por razones análogas), 161 (40 % de aumento). Sobre todo: a los 5.000 lemas de la parte del diccionario de Liddell-Scott-Jones que corresponde a nuestro primer volumen, esto es, de α a $\epsilon\lambda\lambda\acute{\alpha}$, responden en nuestro *Diccionario* unos 8.500 lemas (70 % de aumento). Mediante un cálculo estimativo pensamos que a los 162.500 lemas del Liddell-Scott-Jones en su conjunto responderán en el nuestro, cuando esté completado, unos 260.000.

Ciertamente, nosotros introducimos los nombres propios, a diferencia de Liddell-Scott-Jones, pero aun así el aumento es asombroso y la misma extensión, en sí, del léxico griego, lo es: como término de comparación puede proponerse el de nuestro *Diccionario de la Real Academia*, que tiene unos 75.000 lemas. Por otra parte, es seguro que el día en que el banco de datos del *Thesaurus* de California esté completo, aparecerán más lemas todavía. Con esto ha de contar todo el que tenga experiencia sobre el léxico griego. Piénsese que no hay páginas del *A Patristic Lexicon* de Lampe (Oxford, 1961-68), que por primera vez ha abierto a nuestro conocimiento el griego patrístico, que no contenga palabras desconocidas por Liddell-Scott-Jones; y eso que también este nuevo diccionario es muy incompleto. Ni aparece apenas un papiro con textos literarios nuevos que no ofrezca nuevas palabras, que también son frecuentes en las nuevas inscripciones.

En un artículo que publicamos hace años con el título de «Ideas para una tipología del griego»¹ sugerí que la extensión del vocabulario es uno de los rasgos tipológicos de las lenguas, rasgo que está interconectado con otros varios. Las lenguas que, como el griego, tienen un vocabulario muy extenso son lenguas que prefieren el nivel de la palabra a otros superiores e inferiores, lenguas en las cuales la creatividad del hablante se traduce en nuevas palabras, derivadas o compuestas. Ahí está la razón profunda de esta desmesurada extensión.

Pero es que, además, el griego está dividido en dialectos locales o literarios, en lenguas especializadas de lo más diverso, en niveles y estilos de lenguaje. A lo largo de los catorce siglos que van de Homero (por no hablar, otra vez, del micénico) al 600 d. C., a lo ancho de la geografía de Grecia y del Mediterráneo oriental, el léxico griego se escinde, se altera, resucita una y otra vez. Dominar un sector de la literatura griega no es, en absoluto, dominar el griego.

Hay, de otra parte, factores que diríamos cualitativos que son obstáculos por su parte al progreso de la lexicografía griega. El griego se escribe, en sus primeros siglos, en diversos alfabetos que, en parte al menos, ha de tener en cuenta un diccionario, pues a veces

¹ *Estudios Clásicos* 12, 1968, págs. 225-48, recogido en *Estudios de Lingüística General*, Barcelona, 1969, 2.^a ed., 1974, págs. 111-35.

las diferencias de grafía encubren diferencias fonológicas: y no todos los diccionarios lo hacen. Hay luego las diferencias que derivan de una evolución fonética, como las hay, y son numerosas en inscripciones y papiros, que reflejan simplemente errores. Hay abundantísimas variantes fonéticas y morfológicas según los dialectos y la cronología: en una lengua con una morfología tan rica, esto es un hecho que no se puede descuidar y que da todo menos facilidades. Y existen problemas gravísimos, que son difíciles de concebir para los estudiosos de las lenguas modernas, para lematizar, atribuyendo ciertas formas a tal palabra o a tal otra. En ocasiones, el concepto mismo de lematización y de pertenencia de una forma a una palabra determinada, es más que dudoso. Todo esto ha sido ejemplificado en *Introducción a la Lexicografía Griega* y lo será también en el prólogo del *Diccionario Griego-Español*: algunas cosas se anticipan en un artículo sobre el Diccionario publicado en *Emerita* 39, 1971, págs. 1 ss. No puedo exponer aquí el detalle de los problemas ni, tampoco, el de las soluciones que nosotros intentamos.

Y con esto no he aludido a los problemas de las palabras dudosas por incompletamente transmitidas o corruptas o bien dudosas en cuanto a su significado por aparecer en contextos insuficientes o que a ciertos intérpretes han parecido insuficientes. En lugares arriba aludidos mis colaboradores y yo mismo hemos hecho referencias a errores de Liddell-Scott-Jones como cuando traduce por 'especie de zapatos' ἄδωνάρια, que son en realidad unos versos, o traduce en dos lugares diferentes una misma palabra ἀλεκτόριον ya como 'sala de lectura' ya como 'corral de gallinas'; errores que hay que mencionar tocando madera, pues ninguno estamos libre, si la ocasión se presenta, de dislates semejantes. A esa ocasión de que hablo contribuye a veces, así en el último ejemplo, el que una misma inscripción, editada en colecciones diversas, pueda tomarse como más de una inscripción. Y contribuyen los problemas ortográficos, la insuficiencia del contexto, etc. Todo esto para los textos más o menos normales. ¿Qué decir del micénico, donde muchas veces no sabemos siquiera si nos hallamos ante un nombre común, uno de persona o un topónimo; ante una palabra griega ya conocida o ante un préstamo de no sabemos qué lengua de sustrato?

Éstas y otras son las dificultades del lexicógrafo de los textos griegos, reducido a obtener significados de contextos insuficientes, a apoyar la semántica en la sintaxis y la sintaxis en la semántica, a elegir entre las variantes de las distintas ediciones de un texto o ceñirse a una sola, para mayor rigor, como nosotros hacemos, aunque sea al precio de tener que seguirla cuando no se está de acuerdo con ella.

Veamos ahora, un poco más despacio, lo que puede decirse, en términos muy generales, del estado actual de la Lexicografía griega: en lo relativo a los diccionarios especiales, al general de Liddell-Scott-Jones, a lo que puede esperarse del *Thesaurus* de California. Sólo así estaremos en condiciones de situar dentro del panorama de conjunto nuestro *Diccionario Griego-Español* que, dentro del dominio de los diccionarios generales, será por mucho tiempo el más amplio y al día y ayudará a complementar los diccionarios especiales. Esto no es jactancia, vicio bien ajeno a cualquier lexicógrafo que sepa algo de su trabajo, mezcla de τέχνη y ἐμπειρία: es que, sencillamente, una vez más después de una historia que ya es de 2.400 años, hemos utilizado, hecho nuestro, todo el saber de nuestros predecesores haciéndolo avanzar, modestamente, en direcciones que en líneas generales nos venían ya dadas aunque en el detalle hayamos tenido que tomar las decisiones nosotros.

Empecemos por los diccionarios especiales. Comenzando por los relativos a géneros y autores, diremos que para la época clásica es raro el autor que no dispone de alguno, aunque estén faltos con frecuencia del léxico de los fragmentos papiráceos. Ahora bien, puede suceder que nos hallamos ante léxicos hechos sobre ediciones anticuadas y con criterios anticuados, tal el de Sófocles de Ellendt y el de Jenofonte de Sturz, cuyas citas son difíciles de encontrar luego. En algunos casos se añade que estos léxicos son meramente selectivos, así en el caso del platónico de Ast o del tucidideo de Betant, en realidad mezcla de léxico e índice. Ciertamente, en el primer caso el léxico se puede suplementar con un índice, el de Brandwood, como ya dijimos. Pero otras veces todo lo que tenemos es un índice, así en el caso de Aristófanes (Todd). Los líricos también presentan problemas: hay el buen léxico pindárico de Slater, pero para los demás hemos de contentarnos, en su conjunto, con el índice, muy deficiente, de Fatouros. Ha de ser suplementado

con índices diversos, así los que figuran al final de las ediciones de los poetas lesbianos de Lobel-Page y de los médicos de Page. Para los elegíacos y yambógrafos no existen ni léxico ni índice al día. Y tampoco para los fragmentos de los cómicos, épicos o historiadores. Ni para Hipócrates, el caso más flagrante de todos.

El panorama es infinitamente peor para la época posterior. Todavía para la época helenística tenemos léxicos del Nuevo Testamento (Nestle, Bauer), Polibio (Mauersberger), Apolonio de Rodas (Wellaer), Calímaco, *Himnos* (Fernández-Galiano), Teócrito (el anticuado de Rumpel), y alguno más, así como índice de los LXX (Hatch y Redpath), Filón (von Arnim), fragmentos de Calímaco (Pfeiffer), íd. de los estoicos (von Arnim), de Epicuro (Arrighetti), Filodemo (van Krevelen), etc. Pero ¿qué hacer para Teofrasto, la Antología Palatina, los líricos recogidos en la *Collectanea Alexandrina* de Powell, los historiadores de Jacoby, Menandro, Herodas, etc. etc.? La dificultad aumenta en época imperial: aquí es realmente excepcional encontrar léxicos, raro encontrar índices. Hay léxicos anticuados de Luciano (Reitz), Plutarco (Wytttenbach), otro más aceptable de Dion Casio (Nawijn), léxicos modernos de Josefo (Rengstorff; concordancia de Thackeray) y alguno más. En cuanto a índices, aparte de unos pocos de mayor envergadura como los de Filón el Judío de Leisegang-Mayer y el de Nonno de Peek, el caso más favorable es el de los autores en cuyas ediciones de Teubner y otras figuran, a manera de apéndice, índices de tipo en general selectivo.

Después de esto, nos quedan docenas y docenas de autores importantes sin léxico ni índice. Éste es el caso de casi todos los historiadores, los retóricos y sofistas, los novelistas, los filósofos. No hay apenas nada, por ejemplo, para Plotino y los neoplatónicos en general, autores muy difíciles. Ni para autores eruditos importantes del tipo de Estobeo o Ateneo, ni para científicos como Galeno, Dioscórides, etc. Hay algunas excepciones, ciertamente, en el caso de índices de algunas obras particulares de filósofos o científicos, índices que figuran al final de las ediciones.

Así, a más de las deficiencias y de las insuficiencias (un índice es sólo una ayuda, obliga a ir a cada pasaje para buscar el significado de las palabras), hay enormes lagunas. Algo puede hacerse para salvarlas acudiendo a otros tipos de diccionarios especializados o bien a obras dedicadas al estudio de tal o cual tipo de vocabulario

o a artículos de revista diversos: esto es lo que nosotros hemos realizado, aunque no nos ha evitado el trabajo de despojar directamente obras y más obras. Con esa bibliografía me refiero a diccionarios u obras sobre los nombres de aves y peces (Thompson), plantas (Strömberg y otros), geometría (Mugler), retórica (Ernesti), etc. Ahora bien, para ciertos dominios, como la matemática, el derecho y la medicina, no tenemos más que léxicos muy parciales y hemos de acudir a la bibliografía sobre estas materias en general. Aun así, el vocabulario técnico, con todos los problemas que plantea, es difícil que se escape. Pero para el vocabulario en general de los autores que carecen de léxico o índice, pese al manejo de toda la bibliografía asequible, pueden quedar olvidadas cosas.

Hay algunos casos especiales sobre los que querría llamar la atención:

a) *Griego cristiano*. — Ya he mencionado a Lampe, que por primera vez (salvo por lo que respecta al Nuevo Testamento y Padres Apostólicos) lo hace asequible. Pero descuida el léxico no teológico, se aferra demasiado al criterio de dar sólo «lo que falta en Liddell-Scott-Jones» y maneja varias ediciones, a veces, para cada obra, lo que quita rigor. Hay, ciertamente, algunos poquísimos índices de algunas obras, pero puede decirse que el griego cristiano sigue siendo un sector, inmenso por cierto, del griego que está muy mal explorado. Algo puede completarse a partir de obras de estudio de *realia*, muy notablemente el *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* de Kittel.

b) *Griego citado por autores latinos y palabras latinas asimiladas al griego*. — Los diccionarios griegos suelen prestar poca atención a estos importantes sectores. El *Thesaurus Linguae Latinae* y otros instrumentos lexicográficos del latín pueden prestar, sin embargo, útiles servicios para el primer aspecto, aunque surgen problemas de límites para distinguir entre palabras griegas meramente citadas y palabras ya asimiladas al latín. Por otra parte, en papiros y en textos griegos hay un abundantísimo vocabulario de origen latino, sobre todo de tipo político y administrativo: ha sido recogido últimamente por S. Daris, *Il lessico latino nel greco di Egitto*, 1971. Otras veces, la terminología latina es traducida al griego, con frecuencia

con ayuda de términos ambiguos, usados para varias cosas: de ahí las insuficiencias de nuestros diccionarios, que ahora pueden resolverse en buena medida con ayuda de *Greek Terms for Roman Institutions* de Mason (1974).

c) *Léxico dialectal*.—No existen más que índices parciales en antologías de inscripciones como la de Schwyzer y en gramáticas como la de Bechtel. Por otra parte, los lexicógrafos clásicos, que son filólogos, no han caído a veces en la importancia de los problemas fonológicos y fonéticos, a que aludimos más arriba, y que a veces tratan como puramente gráficos. En nuestra *Introducción* ya citada nos explayamos más ampliamente sobre este punto. Es evidente que se impone el despojo directo de materiales. Y que entre ellos son importantes los del griego de los papiros, para el cual tenemos repertorios (gramáticas y diccionarios) importantes, a saber, sobre todo los de Mayser, Kapsomenakis, Palmer y Mandilaras, que, sin embargo, son insuficientes todavía.

d) *Lexicógrafos antiguos*.—Los antiguos lexicógrafos presentan masas ingentes de material, con frecuencia repetido, con frecuencia alterado o dudoso, pero precioso muchas veces. Este material está recogido en Liddell-Scott-Jones en forma muy desigual. Y no sólo porque a veces usa ediciones ya anticuadas, como la de Hesiquio de Schmidt, o la del *Etymologicum Magnum* de Gaisford o porque procede de una época en que prácticamente no había edición de autores como Elio Dionisio y Pausanias (editados hoy por Erbse) o Filóxeno (íd. por Theodoridis); sino, sobre todo, porque el despojo es saltuario, con inmensas lagunas. Es forzoso un despojo nuevo y total. Lástima que, en el momento actual, no pueda alcanzar al recientemente descubierto Léxico de Focio, del que B. Politis daba ya noticia en el vol. de 1961 de *Philologus* y que no acaba de ser publicado.

e) *Nombres propios*.—El antiquísimo diccionario de Pape-Benseler, que es de 1862 (reeditado en 1911, reproducción fotomecánica de 1959) está absolutamente desfasado. Falta inmensa cantidad de material de textos e inscripciones no conocidas en aquella fecha, se siguen ediciones casi todas anticuadas ya, falta por supuesto el

reflejo de todo el avance de la ciencia posterior. Y Liddell-Scott-Jones no ha aportado aquí nada puesto que, curiosamente, desdeña los nombres propios. Es un campo inmenso, en el que pueden prestar ayuda obras como la *Prosopographia Attica* de Kirchner, el *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto Greco-Romano* de Calderini y otras obras sobre Egipto, diversos estudios sobre Ptolomeo y los geógrafos, índices de nombres propios en muchísimas ediciones de autores e inscripciones. Nosotros, en nuestro *Diccionario*, hacemos un esfuerzo por recoger lo más esencial de los nombres propios, tratando de ser completos para los textos literarios clásicos y para algunos otros sectores, entre ellos el de la Hispania antigua: pero no para la totalidad, esto representaría un trabajo no menor que el requerido por el resto del léxico griego.

f) *Micénico*.—No puede concebirse hoy, pensamos, un diccionario griego que no incluya el micénico, el más antiguo de los dialectos griegos. Ahora bien, la lexicografía micénica tiene sus propios problemas, que no puedo explicitar aquí: lo más completo que hay, a saber, el *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*, de A. Morpurgo (1963), y los *Index Généraux du Lineaire B*, de Olivier-Godart-Seydel-Sourvignou (1973), necesita revisión desde varios puntos de vista. De este tema se ocupa en nuestra empresa el señor Aura Jorro, que prepara un nuevo *Diccionario Micénico* que publicará combinado con el *Diccionario Griego-Español*. El hecho de que el micénico esté escrito en un silabario y no en el alfabeto griego, de que haya dudas numerosas en cuanto a transcripción e interpretación, etc. hace prácticamente imposible, en efecto, reunir el micénico con el resto del léxico griego en un mismo diccionario. Hay que operar con un sistema de referencias.

Tras hablar, primero, de los diccionarios especiales y, luego, del léxico griego cristiano, el greco-latino, el dialectal, el de los lexicógrafos antiguos, los nombres propios y el micénico, hemos de referirnos todavía a dos sectores ya mencionados que se entrecruzan con los anteriores: los papiros y las inscripciones.

Los papiros han sido relativamente bien trabajados en el aspecto lexicográfico, pero las lagunas siguen siendo inmensas. Aparte de léxicos o índices parciales en algunas ediciones, de estudios lexico-

gráficos diversos, etc., tenemos como base el gran *Wörterbuch der griechischen Papyrusurkunden* de F. Preisigke (1925-27). Obra monumental, ciertamente, aunque con deficiencias graves a veces en cuanto a la interpretación de las palabras y en cuanto al texto seguido. Pero, sobre todo, con el handicap representado por su fecha: es inmensa la cantidad de material papirológico que ha salido a luz posteriormente. Los lexicógrafos van terriblemente detrás de ese material. El suplemento de Kiessling alcanzó en 1971 la palabra ἐπικόπτω: como la obra publicó su primer volumen en 1944, resulta que el comienzo está ya notablemente atrasado. De un suplemento a este suplemento, del propio Kiessling y Rübsam y que es solamente un índice, se ha sacado en 1969 lo relativo a las letras de la alfa a la kappa. Ciertamente, el *Spoglio Lessicale Papirologico* de S. Daris, también un índice, que es de 1968, ha mejorado algo el panorama: pero es parcial y, obra de alumnos, contiene numerosos errores. Hay que ir, una vez más, a los textos y a los estudios monográficos. Pero a veces los papiros se editan sin comentarios y traducciones. Y hay que añadir el dato de que los diccionarios mencionados operan casi siempre sobre los textos de las ediciones príncipe, a veces modificados después: para no incurrir en errores, el lexicógrafo que se ocupe de papiros ha de confrontar cada palabra con las *Berichtigungsliste* de Preisigke, Bilabel y otros, publicadas a partir de 1913 y, por lo demás, muy incompletas todavía.

Éste es el panorama de los papiros. El de las inscripciones es mucho peor. No existen más que léxicos muy parciales (como el de la *Syllogé* de Dittenberger) o índices en algunas colecciones: no hay ningún diccionario general. Por otra parte, una misma inscripción puede estar publicada en varias colecciones (locales, monográficas, etcétera), haber aparecido reeditada en el *Supplementum Epigraphicum Graecum* o en diversas obras o revistas. La simple identificación es a veces difícil: hemos aludido arriba a uno de estos casos y en diversos lugares hemos señalado el hecho de que las palabras de una misma inscripción, la délfica de los Labiadas, aparecen en LSJ citadas arbitrariamente por cuatro colecciones o lugares diferentes. Más grave es el problema del texto: ¿cuál seguir para cada inscripción? Para que el lector del diccionario sepa a qué atenerse, parece práctico citar siempre por las grandes colecciones, estableciendo una jerarquía entre ellas: pero con ello se sacrifica, a veces, un

texto mejor a otro peor. Y queda el problema de la interpretación, en ocasiones muy difícil.

Éste es el panorama de la Lexicografía griega con que se encuentra quien, como nosotros, intente poner al día un diccionario como el de Liddell-Scott-Jones. Mejorará, ciertamente, en el momento, que parece próximo, en que podamos comenzar a disponer de índices o concordancias facilitados por el banco de datos del *Thesaurus* de California. Pero esto, que por otra parte añadirá un trabajo suplementario, no será, de todas maneras, una solución definitiva, sino una simple ayuda.

Y con esto llegamos ya al punto en que hemos de hablar directamente de nuestro *Diccionario*, al que hemos estado aludiendo constantemente. Queremos señalar el lugar que ocupa dentro de la Lexicografía griega, sus características, sus perspectivas.

El punto de partida estuvo en un encargo que recibí en el año 1961 del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que se refería a una obra de características mucho más modestas que la que ahora estamos elaborando. Se trataba de hacer un diccionario más al día que el de Liddell-Scott-Jones, más completo en ciertos aspectos, pero más reducido también. A lo largo del trabajo, por imposición de los hechos mismos, la extensión del *Diccionario* fue creciendo. En definitiva, no parecía satisfactorio que una obra que iba a resultar más moderna y completa que LSJ, fuera a la vez inferior a ella en otros aspectos. Esto exigiría el manejo simultáneo de las dos, algo antieconómico, algo contrario al progreso lógico dentro de la Lexicografía griega.

Porque el planteamiento de una obra que representara un avance, un paso más dentro de una tradición cuya antigüedad hemos mostrado, está ya desde el comienzo de nuestra empresa. Pensábamos ya entonces que había que tener en cuenta el griego cristiano, los nombres propios, el micénico; que había que buscar nuevo material lexicográfico dentro de los textos desconocidos todavía en la época del LSJ o para los que no existen despojos lexicográficos; que había que atenerse a las nuevas ediciones; que había que configurar los artículos con criterio nuevo, no arbitrario, ni cronológico ni logístico, sino semántico; que había que revisar las traducciones para evitar errores, acudiendo ya a la bibliografía ya al estudio directo de los textos, ya a ambas cosas a la vez. Si todo esto había de

hacerse, resultaba penoso sacrificar, de otra parte, cosas ya logradas por la tradición anterior a nosotros. No por una decisión concreta, sino, como digo, por la presión de los hechos, nuestra tarea fue pasando de reducir de una parte y añadir y modificar de otra a sólo añadir y modificar.

Pero este programa, que poco a poco se fue viendo que era, quisiéramos o no, el que debíamos seguir, era demasiado ambicioso para los medios de que disponíamos; una subvención anual de 150.000 ptas. que en aquellos tiempos me permitía tener tres colaboradores en régimen de media jornada, a lo cual, evidentemente, se añadían el tiempo y el trabajo que yo pudiera aportar. Había que hacerlo todo: reunir todo ese nuevo material de que he hablado, reducir el de la tradición anterior a las nuevas ediciones, reorganizar los artículos de acuerdo con criterios modernos. Y aprender nosotros mismos y buscar recursos bibliográficos que faltaban en nuestras bibliotecas.

Hay que decir que a lo largo del tiempo, luchando con dificultades e incomprendiones, hemos logrado hacer avanzar el trabajo hasta el punto de estar a punto de sacar el primer volumen, que comprende el prólogo, listas de autores, inscripciones, papiros, abreviaturas y la parte de diccionario de α a $\alpha\lambda\lambda\acute{\alpha}$, con una extensión aproximadamente doble de LSJ; tener próxima, a dos años de distancia aproximadamente, la terminación del segundo, de $\alpha\lambda\lambda\acute{\alpha}\gamma\delta\eta\nu$ a $\acute{\alpha}\pi\omicron\sigma\kappa\iota\alpha\sigma\mu\acute{o}\varsigma$; tener recogida la totalidad del material del tercero, a más de hecha una redacción provisional o borrador del mismo, que llega hasta el final de la gamma; y tener, finalmente, recogidas importantes cantidades de material para el resto del diccionario. Por encima de todo esto, hoy día contamos con una biblioteca especializada, en el Instituto «Nebrija», biblioteca que si no es absolutamente completa, sí es muy importante. Y por encima de esto todavía, contamos con un equipo de colaboradores perfectamente entrenados en la materia, sin los cuales me sería imposible continuar el proyecto. Lástima que sólo para cuatro, hasta el momento, hayamos podido conseguir puestos fijos, de jornada completa, mientras que para los demás, hasta un total de 20, seguimos pendientes de los avatares de los contratos, la incertidumbre de las renovaciones, la pérdida de personas ya entrenadas y que, contra su voluntad, han de irse a otros puestos más rentables, lo que nos fuerza a formar

personal nuevo, con lo que esto tiene de pérdida de tiempo y de riesgo.

No querría entrar en excesivos detalles, pero cualquiera que conozca el ambiente puede darse cuenta de las dificultades que hemos tenido que superar para crear todo esto sin apoyos extracientíficos de ningún tipo y contando con los prejuicios contra los trabajos en equipo y más si son de larga duración. Yo he oído a algún distinguido colega, en un tribunal de oposiciones, aquello de que el trabajo lexicográfico no tiene distinción ni brillo y he oído a otros que han oído en otro tribunal que ese tipo de trabajo no debe contársele a nadie como mérito. Y cuando el año pasado me hicieron una entrevista en «YA» y yo trataba en ella de atraer la atención sobre nuestra empresa para buscar ayuda a la misma, la redacción del periódico, que no el entrevistador, lo redujo todo a dos pequeñas columnas tituladas «Un diccionario que va a durar 40 años».

Yo no sé si esta obra nuestra va a durar cuarenta años o más o menos, no sé si yo personalmente la voy a ver acabada o no: pero, en todo caso, son cuestiones que carecen de importancia. Ciertamente, los plazos hubieran sido más breves si desde el comienzo mismo hubiéramos contado con medios adecuados en vez de carecer de ellos y tener que emplear nuestras fuerzas en conseguirlos. En todo caso, ahí está el *Thesaurus Linguae Latinae* con 78 años de existencia y sin pasar de la *t*, y eso que cuenta con la ayuda de las Academias alemanas y otras más; ahí están los 34 de la edición Didotiana del *Thesaurus* griego de Stephanus. Lo importante en una obra como ésta es que esté bien hecha y sea útil, simplemente. Que se acerque en la medida de lo posible a la perfección, a la que nadie llega y los lexicógrafos menos. Que tenga más o menos brillo puede discutirse, en todo caso he de decir que a mí y a mis colaboradores nos satisfará más esta obra, cuando está publicada, que obras nuestras personales más originales y, quizá, brillantes.

Y ello porque el trabajo en equipo, junto con sus desventajas, implica también satisfacciones que son únicas. Y porque, después de todo, es la utilidad, el beneficio de la comunidad de los doctos, lo que en primer término ha de buscarse. Y también, por qué no decirlo, porque nos hallamos ante una obra difícil y realizada en circunstancias difíciles. La historia del *Diccionario Griego-Español* dentro de nuestro ramplón y celoso mundo intelectual y de proble-

mas y dificultades técnicas muy grandes, ha parecido a veces una historia de suspense, un número de circo de «más difícil todavía». Cuando al llegar yo a Madrid el pasado septiembre me enteré de que, primero, todas nuestras peticiones de ayuda económica (cuatro) habían sido rechazadas; y, de que, segundo, por una inadvertencia de un operario casi toda la cinta que contenía el primer volumen del Diccionario, el trabajo de casi tres años de imprenta, se había borrado, me dio la impresión de que nuestro protagonista no sólo había sufrido un grave accidente de fin de capítulo, para ser luego salvado en el siguiente, sino que realmente había fallecido². Pero en las novelas griegas ciertas muertes son sólo aparentes y hoy estamos, pensamos, a poco tiempo de distancia de la aparición de ese volumen y esperamos poder continuar con nuestra empresa.

Pero dejemos todo esto y volvamos a las características del *Diccionario*. En primer término, ¿era necesario y conveniente una obra de este tipo?

A la vista de las insuficiencias de LSJ, que no empequeñecen sus grandes méritos respecto a sus predecesores, parecía claro que la lexicografía griega necesitaba dar un paso adelante. En parte dentro de la línea iniciada: ampliando y revisando sus materiales. En parte sobre principios nuevos: admitiendo los avances de la moderna Lingüística, de la Semántica concretamente. Este paso adelante es lógico que se diera en el sentido de un diccionario general extenso, pero todavía dentro de los límites de lo asequible desde el punto de vista del tiempo y el trabajo, del dinero y el espacio.

Evidentemente, nosotros no podíamos emprender la redacción de un *Thesaurus*, empresa ante la que había retrocedido toda la Ciencia europea desde comienzos de siglo, cuando se comenzó el *Thesaurus* latino, relativo a una literatura mucho más reducida. Por supuesto, ahora se nos hace la pregunta de si nuestra empresa no es ya inútil, ahora que estamos en la era del ordenador y que está en trance de realizarse el *Thesaurus* de California. A esta cuestión voy a contestar aquí.

² Esto se escribió días antes del incendio del edificio del C. S. I. C en Duque de Medinaceli, el 1 de diciembre de 1978, en el que milagrosamente se salvaron el Instituto «Nebrija» y los ficheros y materiales del *Diccionario*.

No se trata solamente de que en 1961 la empresa del profesor Brunner, comenzada en 1972, no era ni técnica ni económicamente pensable. Es que son dos proyectos esencialmente diferentes.

Arrancan, ciertamente, de un punto común: el establecimiento de una lista de autores y obras, con las ediciones a seguir, lista que es la base de todo el trabajo posterior. La lista del *Thesaurus* ha sido publicada en el *Canon* de Luci Berkowitz, arriba citado, por lo que se refiere a los textos literarios (no inscripciones ni papiros) hasta el año 200 d. C.; nuestras listas aparecen en cabeza del primer volumen del *Diccionario Griego-Español*, ocupan entre las tres (de autores y obras, de papiros e inscripciones) un total de 90 páginas en folio a doble columna. Hemos de decir que la lista del *Thesaurus* y la nuestra han sido realizadas en íntima colaboración, mediante consultas constantes. Algunas pequeñas diferencias responden a las características de las dos obras.

Pero a partir de aquí todo diverge. Lo esencial en el caso del *Thesaurus* es el banco de datos, que prestará cuando esté completado y sea utilizable gran ayuda a los lexicógrafos y otros estudiosos. El proyecto de convertirlo en un léxico queda para un futuro remoto y, decíamos arriba, es dudoso que sea factible, aparte de que está muy lejano, para después de la recogida total y la lematización. El plan de repartir el material de los distintos artículos entre estudiosos de todo el mundo e ir publicando sus redacciones de tipo de léxico en el orden en que lleguen no deja grandes esperanzas ni en cuanto a la unicidad de criterios ni en cuanto al mismo hecho de que la obra se complete.

En todo caso, aunque así fuera, es claro que sería una obra monstruosa en extensión, dispersa, carísima, a plazo muy largo. Para el estudioso de los textos y autores antiguos habría lugar, todavía, para un diccionario general amplio como el nuestro. Otra cosa es que, en la hipótesis de que el *Thesaurus* se convirtiera algún día en un léxico y ese léxico se completara, nuestro *Diccionario* habría de ser revisado. Ciertamente. Pero sería un paso más dentro de la línea en que estamos, no otra cosa. Por el momento el lugar que ocupamos dentro de la tradición lexicográfica griega es el adecuado a nuestro tiempo, el que alguien había de llenar.

La descripción precisa de las características de nuestra obra puede encontrarse en varios lugares. En primer término, en la presentación

que de la misma hicimos en *Emerita*, según ya dijimos, y en nuestra *Introducción a la Lexicografía Griega*. En segundo término, en alguna información que de la misma hemos dado en varios lugares. Pueden verse la nota publicada por el doctor Facal en *Liverpool Classical Monthly* 1, 1976, pág. 106; y otra del mismo y don Aníbal González en *Museum Philologum Londiniense* 2, 1977, págs. 187-192. Esta última recoge una comunicación al XIV Congreso de Papirología, como una nota mía a la que aludo más adelante y que está a punto de aparecer en las *Actas del XII Congreso Internacional de Lingüistas* recoge una comunicación allí presentada en septiembre de 1977³. También en el VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid en septiembre de 1974, presentó un informe sobre el diccionario don Javier López Facal y se presentaron a los congresistas muestras de los artículos, si bien de este Congreso no se han publicado *Actas* completas.

Vamos a recoger aquí algunos puntos de los tocados en estos lugares, aludidos por lo demás a veces en páginas anteriores. Anticipan cosas que se explican en general más ampliamente en el prólogo del Diccionario. Se trata de un prólogo extenso, de 60 páginas en folio, que explica en detalle cómo se ha procedido en la redacción del mismo, aunque alguna cosas, sobre todo los principios semánticos seguidos, se especifiquen con mayor detención en nuestra *Introducción* arriba mencionada.

Insistimos una vez más en el interés que tienen nuestras listas iniciales, de autores y obras, papiros y óstraca y de inscripciones. Constituyen, pensamos, el más completo catálogo hoy existente de la literatura y de los textos y documentos griegos en general. La finalidad de redactar estas listas es dar de antemano las obras de base de que procede nuestro material y, concretamente, las ediciones que seguimos. Pues nuestro principio es citar siempre por una edición previamente designada. Esto puede calificarse de mecánico, pero añade rigor y quita arbitrariedad, dado sobre todo que los autores de un diccionario no pueden convertirse al tiempo en editores de textos. De todas maneras, nos permitimos algunas pequeñas variaciones, al indicar cuando ello es importante nuevas propuestas

³ En prensa este trabajo, ha aparecido en los *Proceedings* (Viena, 1978 [1979]), págs. 337-341 («Syntaxe et Dictionnaire»).

de lectura, pero siempre con indicación de que se trata de variantes que discrepan de la edición standard. Esto para autores e inscripciones; para papiros ya hemos dicho que tenemos en cuenta las variantes de lectura recogida en las *Berichtigungsliste*.

La confección de estas listas nos ha obligado a tomar partido en ciertas cuestiones de cronología (indicada marginalmente), identificación de autores y atribución de obras. Por ejemplo, la *Rhetorica ad Alexandrum* atribuida por LSJ a Aristóteles, aparece como de Anaxímenes; el *Corinthiaca* y de *Fortuna* atribuidos a Díon Crisóstomo, como de Favorino; los *in Platonía Philebum commentaria* atribuidos a Olimpiodoro, como de Damascio.

Es evidente que se imponía con urgencia en muchísimos casos cambiar las ediciones por que había que citar los textos antiguos. Nótese que LSJ cita aún a veces por ediciones de los siglos XVI, XVII y XVIII: así, cita a Aecio por la Aldina de 1534, nosotros por Olivieri, *CMG*, Berlín, 1935-50. Sin llegar a tanto, son infinitos los autores para los que adoptamos ediciones mejores y más recientes. Era imposible seguir citando a Aristóteles por Bekker, las *Moralia* de Plutarco por Bernardakis, las fábulas esópicas por Halm, etc. etc. Puede decirse que en más del 50 % de los casos cambiamos de edición, lo que ha supuesto un esfuerzo muy grande de revisión. Por supuesto, a veces puede discutirse nuestra decisión, que no siempre coincide con la del *Canon* del *Thesaurus*. En ocasiones se han mantenido ediciones antiguas para la totalidad de un autor, aunque para tal o cuál obra pueda haber una mejor: así en el caso de Eurípides (Murray), Jenofonte (Merchant), Demóstenes (Butcher y Rennie). Aunque también se sigue en ocasiones un sistema mixto, como en el caso de Platón, la mayor parte de cuyas obras se citan por Burnett, pero algunas por Diès. En otros autores se siguen ediciones modernas para parte de las obras, las antiguas para otra parte a que no ha llegado la edición moderna: así en los casos de Hipócrates, Estrabón, etc. Otro problema es el de establecer un orden de preferencia entre las colecciones de inscripciones para citar inscripciones que están en varias de ellas.

Otros, el decidir si autores conocidos sólo fragmentariamente, han de citarse por el testigo (en Estobeo, etc.) o por colecciones de fragmentos; si textos literarios papiráceos han de citarse por las

ediciones de los autores respectivos o de otra manera. En todos estos y otros casos hemos tratado de seguir criterios coherentes.

Hay que notar que durante el largo período de redacción del diccionario se han publicado numerosas ediciones que nos parecían más satisfactorias que las anteriores. Ello obligaba a revisar totalmente el vocabulario de ciertos autores: se ha hecho en docenas de ocasiones, en realidad incluso sobre las pruebas.

Hemos establecido, de otra parte, maneras coherentes de citar en lo que respecta a abreviaturas, tipos de letra, numeración, etc. También en las transcripciones ya al latín, ya al español, según las diversas partes de nuestros artículos. Pensamos que en esto debía haber coherencia. Un amplio índice de abreviaturas sigue en la parte introductoria a las tres listas que hemos indicado.

Lo que respecta a la recogida de nuevos materiales, bien directamente de los autores y textos, bien de diccionarios especiales y bibliografía especializada, ha sido ya aproximadamente expuesto. Se trata de una labor que consume mucho tiempo y que ha de realizarse con cuidado, recogiendo no sólo las palabras sino también su contexto y, eventualmente, su interpretación. Los métodos han sido varios: muchos autores se han despojado íntegramente, incorporándose el material a nuestros ficheros; otros, alfabéticamente, y tenemos despojos parciales (hasta la gamma o la épsilon son los casos más corrientes); otros todavía se despojan (o se amplía el despojo) en el momento de la redacción. Hay que señalar que estos despojos no cesan nunca: constantemente llegan a la biblioteca nuevas ediciones de papiros, inscripciones, textos, bien en obras independientes, bien en artículos de revista; llegan nuevos estudios que hay que examinar y despojar. Por otra parte, con frecuencia hemos contado con ayudas especiales: hemos podido, por ejemplo, manejar la edición de Lasserre-Livadaras de los *Etymologica* antes de aparecer, igual la de los fragmentos de los cómicos de Austin, hemos tenido a nuestra disposición el índice inédito de Hipócrates, de Hamburgo, índices en cinta magnética, etc.

Un redactor de nuestro diccionario se encuentra, así, cuando va a comenzar a redactar un artículo, con la redacción-base de LSJ más un abundante de material complementario: nuevos usos u ejemplos de la palabra más bibliografía sobre la misma. Básicamente se ha buscado encontrar o nuevas palabras o usos raros o

nuevos de las mismas u otros que la documentan en épocas o zonas de la grecidad en que estaba mal testimoniada; así como, insistimos, datos y propuestas para su interpretación. Aunque en realidad el proceso se ha realizado en varias fases: la redacción que ahora se publica es la tercera, cada una iba seguida del añadido de nuevos materiales y de una nueva redacción. El todo era preparado, en esquema, por mí mismo en la primera redacción y luego revisado en cada una de ellas. Pero ha sido revisado también, desde puntos de vista formales y otros, por varios colaboradores más y la totalidad de las citas ha sido, a su vez, revisada sistemáticamente más de una vez. Se trata de que, en una obra tan compleja, se escapen los menos errores posibles.

La redacción de artículos tiene una serie de aspectos a que nos referimos a continuación brevemente:

a) *Lematización*. — Ya hemos dicho que en el caso del griego no es en absoluto simple. Figuran como palabras diferentes las que tienen una formación o morfología aunque sea levemente diferente; claro está, no aquellas cuyas diferencias sean puramente fonéticas según los dialectos.

b) *Prosodia*. — Es absolutamente importante, pues es parte del sistema fonológico del griego y además tiene trascendencia métrica. Se recogen las diferencias de la prosodia según autores y épocas.

c) *Variantes gráficas, fonéticas y morfológicas*. — Como hemos dicho, no siempre se puede hacer una transcripción al alfabeto jónico, el usual. En la medida en que las grafías epicóricas tienen relevancia fonológica, deben ser recogidas. También se recogen las variantes gráficas que responden a una evolución fonética de la lengua griega, según dialectos y épocas. Y las variantes morfológicas más importantes. Sería absurdo, pensamos, incluir en un diccionario la morfología que llamaríamos «normal», pero es importante dejar constancia de la anómala, la que se diferencia del ático. No hemos ahorrado esfuerzo para ello.

d) *Cuerpo del artículo*. — De él nos ocuparemos más adelante.

e) *Micénico*. — Nos limitamos a hacer referencia a las entradas o lemas del *Diccionario Micénico* elaborado por el señor Aura Jorro y al cual hemos hecho alusión más arriba.

f) *Etimología*. — Los artículos se cierran, cuando ello es conveniente, con una sección etimológica. Parte, por supuesto, de los Diccionarios Etimológicos griegos y de la bibliografía posterior, pero hay que notar que tiene en cuenta el micénico y las laringales, según mis exposiciones de las mismas en otros lugares. Pensamos que esta parte del Diccionario contiene novedades de interés

Como decíamos más arriba, la mayor diferencia de nuestro diccionario respecto no sólo a LSJ sino también respecto a toda la tradición lexicográfica anterior, es el haber seguido en la organización de los artículos en que ello es posible (es decir, en los de mayor extensión) principios basados en la moderna Semántica. Enviamos a la exposición más detallada que hacemos en *Introducción* y también en mi comunicación «*Syntaxe et Dictionnaire*» presentada al Congreso de Viena. Aquí no puedo sino decir algunas cosas breves.

Un artículo de diccionario no puede ser un amontonamiento caótico de datos y traducciones, ni ordenar las acepciones sobre principios cronológicos o sobre otros supuestamente «lógicos», es decir, dando una acepción central de la que se propone que deriven las demás. Una palabra se organiza en acepciones que están condicionadas bien por la distribución (contexto) bien por las diversas oposiciones lexicales en que entra. Son principios sobradamente conocidos y a los cuales se han dedicado muchos estudios en Europa y en América que no es preciso mencionar aquí: sin renunciar a los demás, es el distribucional el criterio que más sistemáticamente utilizamos.

Un diccionario bilingüe debe organizar sus acepciones en virtud de los significados o grupos de significados de la lengua de salida, en este caso el español. Se trata de señalar cuáles son los tipos de contextos griegos (y, a veces, las oposiciones) que se encuentran presentes cuando la palabra en cuestión ha de ser traducida de la manera que se indica en cada apartado o acepción. O sea, es absolutamente necesario dar las palabras griegas acompañadas sistemáticamente de su contexto: del contexto más breve posible, pero del indispensable.

Estos contextos, como se sabe, pueden ser de varios tipos. Sobre todo:

a) Contexto extralingüístico: ciencia o esfera de aplicación de la palabra.

b) Contexto relativo al dialecto, nivel de lengua, época: puede afectar grandemente al significado.

c) Contexto general. La traducción de εἶμι, ἄγω, φέρω como 'ir' / 'venir' o 'llevar' / 'traer', por ejemplo, está condicionada por si hay movimiento desde o hacia el sujeto. En otras ocasiones la referencia al tiempo o el espacio, la valoración positiva o peyorativa, etc., condicionan la traducción al español.

d) Contexto sintáctico. Se refiere a la construcción sintáctica de la palabra: varias construcciones pueden aparecer con la misma traducción, pero otras veces responden a traducciones distintas.

e) Contexto basado en las subclases de palabras. Dentro del contexto sintáctico, la pertenencia del sujeto o complemento, etc. a tal o cual subclase de palabras puede afectar a la traducción (según se trate, por ej., de nombres animados, humanos, de persona, de lugar, etc.).

f) Contexto lexical. En ocasiones la traducción depende, más precisamente, de la construcción con una determinada palabra o un grupo reducido de palabras.

g) Contexto lejano. Hay, todavía, ocasiones en que la determinación del sentido depende de un complejo de situaciones contextuales, incluso relativas al pasaje entero.

De estos tipos de contexto (y, a veces, de hechos opositivos) se deducen los usos de las palabras griegas en las distintas acepciones. El ideal, no siempre alcanzable, por supuesto, sería que, indicando el tipo de contexto, se obtuviera automáticamente la traducción. Aun así pensamos que nuestro *Diccionario* supone un avance en el campo de la Lexicografía griega y general desde este punto de vista. La organización de ciertas palabras extensas, las preposiciones por ejemplo, difiere ampliamente de lo usual hasta ahora.

No es preciso hacer constar que la clasificación en acepciones del *Diccionario Griego-Español* es diferente de la que habría que hacer en un Diccionario Griego-Inglés, por ejemplo. Resultaría que los rasgos contextuales que en el nuestro son relevantes para establecer las acepciones, allí serían relevantes o no según los casos.

Por tanto, un diccionario como el nuestro no es directamente traducible a otra lengua. Sobre la base de los datos contextuales que da y de las traducciones, cada artículo tendría que ser reestructurado, a veces de manera diferente. Pero pensamos que, tanto para establecer un sistema general de las subclases de palabras del griego como para recoger datos sobre Sintaxis, el diccionario ofrece puntos de apoyo importantes, como hemos explicitado más en detalle en la comunicación mencionada, presentada al congreso de Viena.

Esperamos que esto pueda decirse, igualmente, de su utilidad para la interpretación de los textos, que es después de todo la finalidad primera de un diccionario bilingüe. Aunque esto no depende solamente, claro está, de la organización de los artículos, sino del estudio minucioso de cada ejemplo dado. No podemos decir otra cosa sino que nos hemos esforzado al máximo en ello, consultando la bibliografía pertinente, así como a personas especializadas en los diferentes ramos del saber, que nos han ayudado: desde la botánica a la toponimia de la antigua Hispania, desde la medicina a las más diversas técnicas. Naturalmente, en este dominio lo único que podemos pretender es haber dado un paso más dentro de directrices ya trazadas.

En cambio, la organización de los artículos creemos que, ella de por sí, puede aportar cosas nuevas no sólo dentro de la Lexicografía griega y aun general, sino también para la historia del pensamiento, la religión y la sociedad griegas. Aquí nuestros predecesores son una serie de estudios sobre campos semánticos, estudios que por lo demás están en sus comienzos. A su progreso pensamos que pueden contribuir artículos nuestros sobre palabras que diríamos ideológicas, tales como, dentro del primer volumen, ἀγαθός, ἄγνός, ἄηρ, αἰδώς, αἰθήρ y otras tantas más. Esto es, al menos, lo que hemos intentado.

Con esto termino. Nuestra empresa, ciertamente, no aspira a otra cosa que a ocupar un lugar, que he precisado, dentro del campo de la Lexicografía y —añado ahora— de la Semántica griega. Al lado está el incremento, mayor cada día, de los léxicos e índices especiales, ya de géneros y autores, ya de inscripciones, papiros, etc.; está la bibliografía interpretativa, muy copiosa; y está la labor del *Thesaurus* de California. Pero no existía un gran diccionario general al día y éste es el que estamos tratando de crear.

Según hemos dicho, estimamos sus lemas en unos 260.000; añadimos ahora que estimamos igualmente la totalidad de sus palabras en 10.600.000 (frente a los 162.500 lemas y los 4.800.000 palabras de LSJ). Hay, pues, aproximadamente, un 100 % de aumento cuantitativo; sobre el cualitativo, serán otras personas las que más imparcialmente podrán hacer la estimación.

La obra va a aparecer en volúmenes de unas 300 páginas en folio, a tres columnas: el primero a comienzos de 1980, el segundo puede enviarse en dos años a la imprenta. El total podría constar, pensamos, de unos 12 volúmenes. El ritmo es, en este momento, bueno, dentro de lo que supone una empresa de esta envergadura. Lo que más nos preocupa es la precariedad de la situación del equipo: sólo cuatro colaboradores fijos, inexistencia de un presupuesto a largo plazo. Si pudiéramos contar con un equipo de diez colaboradores fijos y con un presupuesto que nos asegurara la ayuda, como trabajo complementario de media jornada, de otras tantas personas, pienso que la continuidad y el ritmo quedarían asegurados. Aun así se trata, evidentemente, de un trabajo largo, al que quizá no se esté acostumbrado. Pero de una manera o de otra la empresa está en marcha y no creo que se detenga ya. Los helenistas podrán ver pronto sus resultados y aportar sus críticas, de las que estamos tan necesitados todos los lexicógrafos. He intentado aquí, por otra parte, presentar nuestros datos en términos lexicográficos generales para que también desde este punto de vista se nos diga lo que realmente aportamos y lo que tenemos que aprender.

FRANCISCO R. ADRADOS